EL NUEVO

PENSIL DE IBERIA.

PERIÓDICO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

3.ª ÉPOCA. Sábado 10 de Octubre de 1857. NÚM. 1.º

EL AMOR.

¡Amor! májica palabra, sentimiento sublime, divino anhelo que elevas el alma como entre aéreas nubes á los umbrales del empíreo.

Nuestro corazon se siente impregnado de tu álito, dulce y suave como el cántico celestial de los arcángeles.

¡Amor! tú eres el radiante foco de divina luz, que atrayendo nuestras almas, las preservas de las manchas del lodo vil de la materia, y al contacto de tus vivificantes afecciones se purifican nuestros corazones, se reanima nuestro ser, agoviado por la mundana corrupcion.

¡Amor! alma del Universo, fecundante rocío de la árida tierra, símbolo de la paz entre los humanos, luz santa, revelada por el mismo Dios, pacto celeste sellado con su sangre en el Calvario, en holocausto á nuestra felicidad. Amor, divina promesa de eterna bienandanza, bálsamo de nuestros dolores en los transitorios sueños de nuestra eterna ecsistencia, tú eres el lazo invisible que liga y une en maravillosa armonía los infinitos y variados séres de la creacion. Amor, tú eres la ley divina, universal, que rijes los universos, que anima los átomos y los planetas, las plantas y los hombres, á cuyo dulcísimo yugo se someten espontáneamente todas las criaturas de Dios, su foco imperecedero, inmenso.

«Amaos unos á otros como hermanos, como á vosotros mismos.»

Hé aquí la última palabra de la ley moral, acsioma divino, que encierra la negacion de todas las iniquidades y opresiones humanas, la condenacion de todos los egoismos, el anatema de todas las organizaciones sociales, al través de las cuales ha marchado hasta hoy la humanidad.

La desgracia corroe las entrañas de la sociedad como las del individuo, porque olvidando este santo y dulce precepto, rinde vergonzoso culto al egoismo.

El egoismo y el amor se escluyen; pero como Proteo, el egoismo se cubre de todos los colores, se reviste de todas las formas, se adapta á todas las circunstancias.

Pero el egoismo seca el corazon y pervierte la conciencia, fuente de la felicidad.

El egoismo hace fingir amor á la doncella que busca marido.

El egoismo hace fingir amor al hombre que busca el oro de alguna rica heredera.

El egoismo lleva al templo al hipócrita.

Pero ni el marido, ni la rica dote, ni la falsa oracion dan á los egoistas la felicidad, que huye horrorizada de la intranquila conciencia del egoista.

Amor, solo tú eres grande, santo y poderoso para hacer felices á los humanos.

Quien te niega, no solo niega la virtud, niega tambien la vida, niega la felicidad.

Víctimas del egoismo, pobres, ricos, jóvenes, ancianos, hombres, mugeres, doncellas y matronas, vosotros todos á quienes el egoismo social ha apartado de su destino, materializando vuestros corazones, ahogando en vuestras almas los tiernos sentimientos del amor, renazca en vuestros marchitos corazones la esperanza, que el dia de su reinado se acerca.

Proletario de tostada frente y noble corazon, humillado ante el vicio triunfante, opulento, que dudas de cuanto te rodea y de tí mismo, miserable en medio de tu riqueza. Anciano cercado de miseria, abandonado del mundo. Tierna madre, abandonada por un perjuro amante, aislada de la sociedad que te repudia, y cuyo corazon seco á fuerza de decepciones, ni espera la ventura, ni cree ya en el amor; reanímese en vuestros corazones la esperanza, uníos á nosotras, cuya inestinguible fé no ha podido agotar el egoismo que nos rodea, y saludemos juntos el prócsimo término del imperio del egoismo, con sus bajezas y sus dolores, y el advenimiento del reinado del amor, recompensa de nuestra fé.

Amor, radiante faro de divina luz, ilumina al mundo, sumerjido en las tinieblas del egoismo.

Amor, tú que fecundas las flores de los valles, que en clíticas órbitas lanzas los astros por el espacio inmenso, reanima con el vivificante calor los humanos corazones.

Amor, no abandones la tierra encorvada bajo el yugo de escepticismo.

Amor, inspira confianza á los que dudan de tu bondad y de tu poder, para que, cual nosotras, esperen el dia de tu victoria, dia feliz cuya aurora ilumina ya

los azulados orizontes.

Amor, tu triunfo será un triunfo sin víctimas, tu gloria no se fundará sobre la agena desgracia, tus trofeos no estarán manchados de sangre.

Amor, tu irresistible impulso inflama nuestros corazones.

Amamos y esperamos; pero no podemos ser felices, porque pesa sobre nosotros la desgracia de nuestros hermanos.

Amor, no dudamos de tí; pero recompensa nuestra fé haciendo feliz á la humanidad, cuya ventura refluirá en nosotros como vivificante raudal de bienandanza.

MARIA DE ZAMORA.

CUADROS DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS.

Suponed por un momento, que las personas interesadas en seguir mis pasos averiguan, como es cosiguiente, que acostumbro á pasar una ó dos horas diarias en vuestro domicilio; circunstancia tanto mas preciosa, cuanto les es mas difícil saber donde resido el resto de las veinte y cuatro horas: (gracias al tacto particular con que he logrado desorientarlas) y que en consecuencia de esto, en el breve espacio de algunos segundos invaden vuestra hospitalaria y deliciosa morada, los agentes de policía, dispuestos á prenderme cual si fuera un bandido, ó un hombre peligroso en fin; ¿que hariais vos en este caso? aun os atreveriais á ocultarme?

—Y vos me lo preguntais? ¡Ah! ¡cúan poco me conoceis amigo mio!...

—¡Señora!... ¡por Dios!... aun hemos olvidado una circunstancia, que debiamos haber tenido esencialmente en cuenta; y es que todo ello pudiera ocurrir en presencia de vuestro esposo, de vuestro esposo que no puede tardar; y que como sabeis abriga crueles prevenciones contra mí: todo esto es mas grave de lo que os parece, pues como ya os he dicho, no es una quimera, sino que desgraciadamente puede suceder de un momento á otro.

—Descuidad: con tal de que él ignore el paraje donde yo os oculte, ó al menos se le haga difícil descubrirle por aquellos momentos, para hallarme completamente á cubierto de su indiscrecion, no creais que me arredre la presencia de mi esposo.

—No nos hagamos ilusiones y procuremos ver las cosas tales como son: reflecsionad, que si nos halláramos ahora mismo en la situacion que os acabo de describir, por una parte los vejámenes de un allanamiento domiciliario, y por la otra las duras reconvenciones, y quién sabe si las amenazas de un esposo que se juzgaría ultrajado en su orgullo de gran señor, contribuirían, no digo, á que me delatáseis, porque eso sería indigno de vuestro corazon; pero al menos á que os arrepintiéseis, y hasta os sonrojaseis de la ligereza con que habiais procedido al darme hospitalidad.

—No hay vejámenes ni amenazas que basten á hacer arrepentir de su propósito á quien sacrificaría mil vidas que tuviera, una por una, en defensa de vuestra seguridad.

—Olvidais que vuestra ecsistencia se tornaría en un perpétuo martirio, que á vuestro esposo, que como vos misma confesais, jamás ha sido para vos un déspota, lo veriais de súbito convertido en un tirano á quien vos tendriais que soportar por todos los dias de vuestra vida.

—No prosigais: un afrentoso cadalso levantado á la puerta de la calle, aun seria insuficiente para intimidarme, tratándose de salvaros.

—¡Señora!... ¡Señora!... ¿qué?... ¿no habeis osado penetrar en el fondo de mi corazon y habriais leido en él que antes de permitir que os amenazase por mi causa ni el mas leve riesgo, ni esponeros á las humillaciones de los esbirros, ni á la justa indignacion de vuestro esposo, me presentaría yo en este intante á mis enemigos para que me sacrificasen á su placer?

—¡Alberto!... ¡no sabeis cuánto sufro!

—¡Señora! si me amais, si estimais en algo mi ecsistencia, preservaros cuidadosamente vos, pues de lo contrario, si vos padeceis, es fuerza que padezca yo.

—Pues bien, sí, vos habeis penetrado en el santuario de mi corazon, y habeis arrancado violentamente mi secreto: lo habeis adivinado cuando yo me lo ocultaba á mí misma.... y yo, ¡triste de mí! carezco del suficiente valor para negároslo!

Sí, sí, yo os amo; yo os amo como una insensata, con todo el ardor de una pasion contenida ocho años há en lo íntimo del alma, por no hallar un objeto dgino en quién depositarla! mas si como yo os supongo alentais un alma grande, y late en vuestro pecho un corazon noble y generoso; compadecedme, y procurad cuanto antes borrar de la memoria todo lo que acabais de oir.

—Dispensadme, señora, eso es ecsijir demasiado de mí: esas dulces palabras no se olvidan jamás.

¿No sería mil veces mas grato y mas lógico que en vez de imponernos ese inútil y odioso sacrificio, participáramos juntos de los sinsabores de la emigracion?

—¡Caballero!... no ecsijais mas de mí.

—Bien, señora, convenido: tal vez nos encontraremos algun dia.... no sé porqué tengo un vago presentimiento de que en esta vida y en la otra os cabrá la misma suerte que á mí.

—Así lo creo.»

Y dándonos las manos trémulos de felicidad, nos despedimos hasta el dia siguiente.

Esta escena me dejó en el alma una impresion tan viva, que me sentí sin fuerzas para sostener una segunda lucha: lucha que hubiera sido del todo imposible, pues comprendí que carecía absolutamente de libre albedrío, puesto que mi voluntad se hallaba bajo la inmediata influencia de la suya: bastaba un esfuerzo mas por su parte, y le habria seguido hasta el fin del mundo y aun mas allá: un solo paso dado con oportunidad, y estaba perdida, ¡perdida sin remedio! pero afortunadamente, Dios tuvo misericordia de mí.

Trascurridos algunos dias, en los que Alberto siguió visitándome sin alterar su costumbre, y en las cuales, nuestras conversaciones fueron tan indiferentes como si nada de particular hubiera pasado entre nosotros: promovióse una cuestion accidental, en la que él mismo sin sospecharlo siquiera, me salvó del abismo en que iba á precipitarme.

Tratábase de los vehementes deseos que cada cual esperimentaba de conseguir una cosa cualquiera, cuya adquisicion creia imposible; y Alberto con aquel gran corazon incapaz de dobléz, manifestó con la franqueza peculiar suya, «que las pasiones se acrecentaban á par de las dificultades que se oponian á su satisfaccion; que no obstante, la primera vez que se lograba su objeto, se producia un placer inmenso, es-

traordinario; mas que despues de aquello mismo, iba descendiendo en los grados de estimacion, hasta llegar á ser indiferente y á veces insoportable.» Esta que creí declaracion tácita, aunque no era mas que una tesis general tan aplicable á él como á mí, destruyó mis mas caras ilusiones, y si no bastó para arrebatarme el amor que albergaba mi pecho, volvióme al menos en mí, restituyéndome mi voluntad.

Desde luego decidí no ponerle jamás en posesion de nada que mas tarde pudiera hacérsele odioso, y fuera para él un objeto de desprecio.

V.

Estallaron cuando menos se esperaban, como acontece casi siempre, los deplorables sucesos del 18..... en ocasion de haber sido invitado mi esposo para asistir á un banquete con que el duque de G. se proponia obsequiar á sus mayores, y esactamente á la misma hora en que Alberto se hallaba en ésta, segun su costumbre.

En vano empleó éste todos los esfuerzos imaginables para que lo dejase marchar, pretestando la poca seguridad en que se hallaba, en el caso probable del regreso de mi esposo: desde el ruego á la astucia, todo fué inútil: puesto que yo creia firmemente, que el motivo verdadero no era otro, que el temor de comprometer la tranquilidad de nuestro domicilio; y que no podia convencerme de que allí donde yo no estuviera pudiese él hallarse á cubierto de sus enemigos.

Aunque yo estaba firmemente persuadida de que él no emplearia jamas la violencia para conseguir su objeto, cerré todas las puertas y tomé las medidas que juzgué mas oportunas y eficaces para impedir á todo trance su salida.

Restablecida en algun tanto la tranquilidad pública, cesó por mi parte la detencion de Alberto, que no tardó en precipitarse en las desiertas calles de la capital.

Mi esposo no regresó hasta el dia siguiente; su rostro descompuesto y sombrío no revelaba por cierto una cumplida satisfaccion: habló á medias palabras y en tono misterioso de los atroces crímenes á que, segun él, habíase entregado Alberto la víspera, por los que acababa de ser constituido en prision, lo que no pude menos de oir con una sonrisa de incredulidad.

Ibale á comunicar cuanto sabia sobre la conducta del jóven artista, tan cruel é injustamente maltratado por él, pero acogió mis primeras razones con un gesto desdeñoso, y segun su acostumbrada grosería, volvió las espaldas y se ausentó.

Esperaba con impaciencia que llegase el mediodía, y la presencia de Alberto, le convenciese de su error: ¡cuán en vano, Dios mio!

Llegó la hora acostumbrada, trascurrieron dos horas mas, y por último pasó toda la tarde sin que nadie viniese; faltaba por la primera vez en el término de diez y ocho meses.

En quince dias consecutivos que se repitió la misma escena en los que me consumia la angustia y me devoraba la ansiedad, me fué imposible hallar á nadie que pudiera informarme de él; ni menos me atreví á manifestar á mi esposo la mas mínima inquietud, por temor de corroborar sus asertos.

Al cabo llegué á persuadirme con harto dolor de mi corazon, y vertiendo torrentes de lágrimas, que aquel dia fatal debí verle por última vez en esta vida....

Aun me embargaban las mas amargas y desconsoladoras reflecciones cuando recibí una carta de Alberto, que obra en mi poder; en la cual despues de darme las mas repetidas gracias, por la hospitalidad que á pesar suyo le concediera el dia de los indicados acontecimientos, me participaba haber sido por desgracia detenido á la salida de casa, segun le habian hecho entender, por sospechas de un crímen, de que como yo podria colejir, se hallaba inocente.

No era el crímen á que alude nada menos que el asesinato del general T., con cuya amistad se honraba no obstante la divergencia de sus opiniones; y al que reconoció al parecer mal herido y arrojando el baston indignado se aprocsimó con el objeto de prestarle aucsilio si aun era tiempo.

Diez minutos despues fué detenido y puesto á disposicion de la autoridad competente.

Reconocido el cadáver del general, por los facultativos, resultó haber sido muerto con armas de fuego, y como las decantadas armas de que le suponian provisto se redujeran á un simple baston, añade que me podia yo imajinar lo fácil que le seria pulverizar tan absurda y descabellada acusacion.

Esta carta tenia muchos dias de atraso por falta sin duda de la persona encargada de ponerla en mis manos.

Despues, no he vuelto á tener carta alguna, y todas las dilijencias practicadas para tener noticias suyas han sido ineficaces.

Todas las noticias que he logrado adquirir hasta ahora, por los amigos de Alberto y por otras personas respetables, y bien informadas, estan contestes en que la inocencia de este es un hecho que hasta los mismos jueces reconocen; y por tanto que no podia tardar en ser probada, y él puesto inmediatamente en libertad.

Mas en esta misma noche en casa de la señora de Valverde, aun me estaba reservada la prueba mas cruel de mi vida.

¡Oh! Dios mio! Dios mio! que horror! qué padron de ignominia!...

Allí he sabido positivamente que el duque de G. y el banquero H. implacables enemigos de Alberto, en union de mi esposo, cuya ignorancia y buena fé han sorprendido, son los testigos encargados de perderlo; pero por fortuna, aun es tiempo de neutralizar tan inícuos esfuerzos.

¡Insensatos!... podian imajinar siquiera que le estaba reservado á una débil muger el anonadarlos bajo el peso de su infamia!

¡Inbéciles... ¿por qué no me habeis cargado de cadenas; como lo hubierais deseado con el desdichado Alberto, y sellado mis labios con una mordaza? Esto al menos tendria el mérito de ser mil veces mas seguro que contar con la credulidad de mi esposo.

Vosotros me olvidásteis, dejándome en plena libertad para defender á mi adorado Alberto contra vuestros esbirros, contra la audiencia, contra mi esposo... y contra el mundo entero!...

No bien acabó Luisa de pronunciar las últimas palabras abrióse con estrépito la puerta del gabinete y apareció el marqués de N. pálido y desencajado y con voz tremula esclamó.

—Es inutil señora, vuestra defensa; puesto que lo he oido todo.

—Bien, caballero, ya estareis convencido de vuestro error en lo concerniente al jóven Alberto.

—Repito, que «lo he oido todo»: efectivamente me he equivocado con respecto á él: pero aun mucho mas con respecto á vos.

—Mucho me place que vos lo reconozcais y lo confeseis así.

—Ya sé que nada os importa: ya sé que vos le amais á él tanto al menos como me aborreceis á mí; á mí, que soy vuestro esposo, me comprendeis?

—Espero que no será ese un motivo, bastante pederoso para que vos le condeneis.

—¡Señora! ¿y os atreveis á pedir por el hombre que me ha ofendido cuando está en mi mano su suerte?

—¿Seríais capaz de tan ruin venganza? ¿No sabeis que no es en las vuestras, sino en mis manos en las que está su suerte? Su carta....

—Esa carta está en mi cartera.

—¡Desgraciado!

—Señora, ese hombre será libre; pero creo llegado el dia en que nuestra aparente union, este lazo de hierro en mal hora formado, se rompa para siempre. Y no creais que os culpe yo, no. ¿Qué responsabilidad puede haber para una inesperta jóven en contraer un lazo, cuya grave inportancia es incapaz de apreciar? La culpa es mia. Bastante habeis hecho sofocando una pasion vehemente. Desde hoy sois como él libre. Partid.

—¡Partid! y creeis que vuestra voluntad basta á romper los vínculos sagrados que nos unen ante Dios y los hombres? Partir!... mal me conoceis. Si mi voluntad no ha podido ahogar los sentimientos de mi corazon, puede, aunque me cueste la vida, rejir mi conducta. Ahora comprendo el abismo adonde el amor pudiera haberme arrastrado. Vos me lo revelais escitándome á faltar á mis deberes, ó lo que es igual, á faltarme á mi misma; pero yo sabré sacrificar á las plantas del honor este amor que es mi vida. Cumplid vos con el vuestro, haciendo poner en libertad á ese desgraciado jóven, y parta lejos, muy lejos de aquí. Yo buscaré en el retiro del claustro, paz y consuelo para el alma, que nunca niega la relijion al afligido.

. . . .

Seis dias despues Alberto salió en libertad y partió para América: la marquesa entró en un convento.

Margarita P. de Celis.

AL VALLE DE PANTICOSA.

SONETO.

¡Cuán grande en este valle y sorprendente
se muestra tu poder, Naturaleza!
al contemplarte en tu áspera rudeza
y tu vigor, arróbase la mente.

Lánzase con estrépito el torrente
de sierra que á las nubes su cabeza
levanta audaz; el gas en su pureza
produce bienhechor la santa fuente.

El fuego subterráneo, la cascada,
el iris permanente bajo el pico
en el vapor del agua despeñada;

La nieve eterna, el lago cristalino,
todo admira; y el alma entusiasmada
himnos entona al Hacedor divino.

Pascual Fernandez Baeza.

INFLUENCIA DE LA MUGER

EN LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD.

I.

Muger! ¡dulce muger! último esfuerzo
Del supremo Hacedor, cuando potente
Anima dió á la creacion sublime;
Presta á mis sienes tu hálito ferviente,
De Dios vívida esencia,
Y á mi númen imprime
El vuelo audaz de ardiente fantasia,
Para seguir tu lampo por el mundo,
Desde que suerte impia,
Al fulgor de querubes centellantes,
Te arrojó del Eden, y en noche umbria
Tornose el cielo de los dos amantes.

II.

De entonces ¡ay! perdida la inocencia.
«Suspira el mundo en alas de la muerte»
Y el que imagen de Dios, á Dios no quiso,
Por el bien que perdió, sudores vierte.
Y casi á los umbrales
Del sacro Paraiso,
De Abel la sangre al crímen abrió puertas,
Y por ellas horrísonas salieron,
De maldicion cubiertas,
La opresion, la indigencia, la mentira,
Dragones, cuyas fauces siempre abiertas,
Víctimas ansian en su horrenda ira.

III.

Mas plugo á Dios que la muger funesta,
Que al hombre indujo á la mortal caida
«En sus mismas entrañas engendrase
El bien perfecto, mas la luz, la vida»
Y en pos de los profetas
Que un ángel le anunciase:
(Los aun sordos oid) Salve María!
Eres de Gracia llena!
El señor es contigo!
Acentos de alegria,
Grito de amor á la muger profundo;
Que ya á su seno virginal envia
Clemente Dios al *Salvador del mundo!*

IV.

Y llegado el feliz alumbramiento,
Contúrbanse los antros del pecado,
La soberbia en su alcázar sufre y gime,
El cesarismo ruge amedrentado:
Que el encarnado Verbo
En su mision sublime,
Al fuerte abate, al débil lo levanta,
Y al niño, á la muger, al pobre, al puro,
Y á aquel que su garganta
De vil esclavitud el dogal cierra,
A cuantos llama en fin el harpa Santa
«La sal y luz del cielo y de la tierra»

V.

O de los pueblos Verbo sacrosanto,
Tu solo enseñas la pasion ardiente
De amor á Dios y á todas sus hechuras,
Esa del corazon llama esplendente
Cuando mas el espíritu

Eleva á las alturas.
Tú con los lazos del amor fraterno
El reinado traerás de la armonía,
Que ofreciéndote tierno,
Te inmolaste por él en el Calvario.
Y vendrá, que tu grey contra el infierno
Heredó el *sacrificio voluntario.*

VI.

En alas del martirio y penitencia
A renacer en Dios vuelan tus fieles,
Que *albor la redencion* de tu reinado,
Hasta la *plena lúz* no habrá laureles.
Mas la divina gracia
En paso mesurado,
Cual vaga ecsalacion siempre tardía,
De veinte siglos inspirando al génio,
Ya vé con alegria
De tu justicia el sol en lontananza.
Gloria al génio, inventor de la armonía!
El mundo por él realiza su esperanza!

VII.

Los tiempos son llegados? ¡qué ventura!
Tras fresca aurora, plácida, serena
«El astro de la vida se desprende»
Y de goces sin fin natura llena:
A la viril edad
Nuestro planeta tiende.
¡Ay de él si la gracia despreciando
Torna á caer en brazos de la muerte!
Pero no, levantando
vá el sol de la justicia.
Que el *Cristo* nos inspire confianza!
Que la *Fé* nos sostenga *incrementando,*
Y á la *unidad* nos lleve la *Esperanza.*

VIII.

Y tú, muger, á quien legó María,
Perfumada corona de junquillo,
De maternal amor divino emblema,
Y alba paloma, blando cefirillo,
Que de tí gira en torno
Y es de tu candor lema;
Ignoras ser semilla bendecida,
Y tus frutos tambien? Frutos preciosos,
Que con la frente erguida,
De santa libertad la tierra inflaman?
Pues si tu los produces, aun dolida,
Por qué reina del mundo no te aclaman?

IX.

Por qué impedir que tus pasiones vuelen
A proporcion de tu vital destino?
Por qué el varon en su arrogancia loca
Se cree del globo el director mas dino?
Qué su cerebro vale
sin tu soplo divino?
El reinado de Dios está delante.
Y preñado de un mundo de delicias
Para todos radiante.
Ora, muger, si aun no lo has merecido:
Ora, y pide al Señor con fé constante
«*Venga á nos el tu reino prometido.*»

José Bartorelo Quintana.

CELEBRIDAD DE UNA MUGER.

No es sino con un placer mezclado de orgullo que nos ocupamos hoy en nuestro periódico de la Adelaida Ristori, de la eminente trágica italiana que actualmente absorve la atencion del público madrileño. Ya hemos dicho una y mil veces que la muger puede siempre competir con el hombre, y los triunfos obtenidos por Adelaida Ristori son de ello un buen ejemplo. Apenas pasa dia sin que los periódicos de la capital vengan llenos de elogios hácia la distinguida artista que de tan justa reputacion gozaba: reputacion muy merecida, á juzgar por el asombroso écsito obtenido en sus representaciones.

Aplausos, versos, coronas, todo ha sido poco para premiar el relevante mérito de la inteligente actriz: en cuantas representaciones toma parte obtiene un nuevo triunfo, enriquece su corona artística con un nuevo laurel; pues bien puede decirse, sin temor de incurrir en ecsageracion, que la Ristori ha producido en la coronada villa un frenético entusiasmo, un verdadero furor.

El embajador del imperio francés, marqués de Turgot, la ha obsequiado con una espléndida comida, en la cual ha demostrado con su fino y agradable porte, que si reina en el teatro por su mérito y talento, puede tambien brillar dignamente en la sociedad por sus maneras aristocráticas.

El entusiasmo que está produciendo en Madrid esta joya inestimable, orgullo de la escena, se ha aumentado mas y mas por el interés que tomó por la vida del infeliz guardia urbano Nicolás Chapado, condenado á muerte por el consejo de guerra, y ya en capilla esperando su hora fatal. A la primer indicacion hecha por la comision de la prensa á la noble y distinguida artista, vuela á arrojarse á los pies de S. M. á implorar, bañada en lágrimas, el indulto de aquel desgraciado, víctima de un momento de obcecacion. El perdon estaba concedido ya, pero esto no rebaja lo mas mínimo tan relevante accion, la cual premió el público al volverla á ver en escena colmándola de bravos y aplausos. A pesar de estar acostumbrada á estos triunfos, debidos á su indisputable mérito, estamos seguros que aquellos aplausos resonarian con placer en su corazon: eran la recompensa de un noble acto de generosidad.

Acerca de su historia, curiosa por demás, ha publicado en uno de los periódicos de aquella capital el conocido escritor don Ramon de Navarrete, los siguientes apuntes; los cuales han sido reproducidos por casi toda la prensa madrileña con el entusiasmo é interés que inspira cuanto hace referencia á la eminente y aplaudida artista: creemos por tanto que nuestros lectores los verán con no menor interés. Hélos aquí:

«Verdaderamente es un bello y envidiable destino el de esa artista sublime, á quien parece que la Providencia se ha complacido en prodigar todos sus dones: las cualidades mas eminentes, mas peregrinas y mas opuestas.—Adelaida Ristori, es jóven y hermosa; tiene una reputacion dramática europea; y vá en el carro dorado de su gloria recorriendo los primeros pueblos de la tierra, de triunfo en triunfo, de ovacion en ovacion; arrancando coronas lo mismo de los impresionables parisienses que de los reflecsivos alemanes: de los flemáticos ingleses como de los entusiastas españoles.

Y sin embargo ¡cosa singular!—dos años há, Adelaida Ristori no era conocida sino en Italia; su fama no habia atravesado los Alpes, y nadie en el mundo disputaba á Mlle. Rachel el cetro de la tragedia.—Pero un dia la grande actriz codició otros laureles que los que la tributaba su patria; un dia, fuerte con la conciencia de su poder y de su fuerza, quiso, orgullosa y soberbia como el águila, descubrir nuevos horizontes; un dia, en fin, soñó victorias mas insignes y mas brillantes.

Era la época de la esposicion universal, cuando la Ristori llegó á París en 1855; recomendada modestamente á varias personas por algunos tímidos amigos, que desconfiaban de su écsito en Francia, que calificaban de temeraria su empresa.

—¡Cómo! esclamaban.—¡Querer luchar con la célebre Rachel, ese sol ante el cual los demás astros palidecen!—¡Cómo! ¡Querer llamar la atencion en ese pueblo indiferente, que mira desdeñoso los mayores prodigios, y las mas portentosas maravillas!

Adelaida Ristori no se desalentó con las profecías de los unos, con la desaprobacion de los otros, ni con las infinitas dificultades que naturalmente se la opusieron.

—París me oirá, decia, y cuando me haya oido... él decidirá.

Con efecto, á principios del mes de Abril logró dar la insigne artista la primera representacion en la sala del teatro italiano. Apesar de los *reclamos* periodísticos, apesar de contar la Ristori en París muchos compatriotas, la concurrencia fué aquella noche poco numerosa, é iba en general mal prevenida ó con desconfianza. Representábase *Mirra*, esa tragedia odiosa y horrible, fundada en una de las mas repugnantes aberraciones de la naturaleza humana;—en el amor criminal de una hija á su padre;—y desde las primeras escenas la voz, el acento, el ademan de la actriz lograron impresionar hondamente al auditorio.—Concluido el primer acto los espectadores confesaban que la cosa valia la pena de haber venido; segun progresaba la representacion, la frialdad se trocaba en caloroso entusiasmo; y terminada aquella, este se convertia en delirio.

Al siguiente dia no se hablaba ya en ninguna parte sino de la Ristori; los periódicos la ponian en las nubes, y los enemigos—no escasos—de Mlle. Rachel iban repitiendo por do quiera que su hora—es decir, la hora de su sentimiento,—habia llegado.—Paris, á semejanza de Saturno, destruye los ídolos que él mismo fabrica; una noche le bastó para colocar á la Ristori sobre el altísimo pedestal de la inmortalidad: pocas mas fueron suficientes para que se eclipsára la estrella de Mlle. Rachel.—La lucha, sorda al principio, entre las dos rivales, se hizo pública y evidente desde el momento en que la última quiso representar *Maria Stuarda*, despues de haberla representado la primera. Esta prueba fué decisiva: segun el voto unánime del público, juez supremo en tales lizas, Mlle. Rachel se quedó muy atrás de su afortunada competidora!—La corona de la tragedia, vacilante ya sobre sus sienes, se desprendió de ellas por completo; sus implacables enemigos arrojaron lodo sobre la régia púrpura; ¡y sus amigos se limitaron á dolerse de su derrota y á compadecerla!—¡Compasion para la altiva Hermione, para la apasionada Fedra, para la implacable Rojana! ¡Compasion para la soberbia muger que habia reinado cerca de veinte años *sans partaje!*—Era imposible que la aceptase!

Así, llena de profundo enojo, de ciega cólera, de reconcentrado furor, Rachel no solo abandonó el teatro de sus antiguos triunfos, sino que quiso abandonar su pais, y hasta la Europa. Embarcóse, pues, para los Estados-Unidos, soñando sin duda allí un nuevo imperio; y fué á pedir á los americanos venganza y compensacion del ultrage sufrido.—¡Pero ay! que en aquella tierra poco hospitalaria y ménos artística, debia encontrar su Waterlóo!—¡Ni bajo el punto de vista de la gloria, ni bajo el del dinero, se realizaron los ambiciosos cálculos de la avarienta judía; y al cabo, mas irritada, mas iracunda, mas frenética que nunca, tuvo que confesarse vencida!

Naturalezas semejantes á la de Mlle. Rachel no comprenden siquiera la resignacion; se rompen, pero no se doblegan; se consumen, pero no se modifican.—Ella, que partió de París furiosa y despechada, salió herida de muerte de su campaña á los Estados-Unidos; y como el coloso con quien antes la he comparado, buscó su Santa Elena en las orillas del Nilo.—Emociones tan fuertes, dado su carácter, su vida pasada, el dolor, la ira, todas estas causas reunidas, minaron y destruyeron en breve tiempo su salud: los médicos la aconsejaron el dulce clima de Egipto para pasar el último invierno, y allí la ilustre intérprete de las obras maestras de Corneille y de Racine, ha permanecido seis meses, triste, enferma y olvidada!

Mientras tanto su rival vencedora ha visitado las mismas capitales que Rachel visitaba, recibiendo iguales homenages, idénticos honores que á aquella se la tributaban.—París, la inconstante París; la ha coronado ya tres veces; la nebulosa Lóndres la ha hecho andar sobre una espesa alfombra de flores y laureles; la comercial Manchester la ha tratado como á una verdadera reina; y ahora se la disputan Viena y San Petersburgo; Madrid y Nápoles, Berlin y Milan.—¿No tenia, pues, razon al decir antes que no hay destino mas bello ni mas envidiable que el suyo?

¿Pero es justa, completamente justa, esta inmensa reputacion? ¿No han influido nada el capricho, la voluble moda para conquistársela?—No por cierto: Adelaida Ristori es una de esas ricas y raras organizaciones que poseen todas las diversas cualidades que Dios ha repartido desigualmente entre los demás séres.—Nada la ha negado: ni siquiera una corona aristocrática, la cual estima en menos sin duda que las refulgentes é inmarcesibles que para ella teje cada dia la admiracion de los pueblos que triunfalmente atraviesa.

No será inútil y será curioso un ligero parangon entre las dos grandes, entre las dos únicas trágicas de la época; entre esa pobre Rachel, hoy abatida y quizás muerta para el arte, y Adelaida Ristori en el apogeo de su talento y de su celebridad.—Si la una no hubiese sido tan eminente artista, la victoria de la otra no fuera tan insigne; así no rebajaré ninguna de las altas dotes de la que hoy tiene á mis ojos la doble aureolá de la gloria y del infortunio.—No: Rachel merecia los aplausos, los laureles, las distinciones de que la ha colmado la Europa culta; Rachel era digna de su nombre y de su fama; y sin embargo, ¡cuán superior es Adelaida Ristori!

Rachel era incomparable en la interpretacion de las mas violentas pasiones, al espresar el ódio, la cólera, el furor, el deseo de venganza: entonces asemejábase á una leona rugiente, é imponia y aterraba; entonces sus bellos ojos lanzaban rayos; entonces, en fin, su voz encontraba inflecsiones desconocidas y estraordinarias. Pero hé ahí la sola cuerda del corazon humano que sabia hacer vibrar, cuando la Ristori las maneja todas á su antojo. Desde los mas suaves hasta los mas terribles efectos ella siente é interpreta cada uno con igual perfeccion; Rachel, por el contrario, nunca pudo hablar el acento de la ternura.—Ensayábase cierto dia *Bayaceto*, en el teatro francés de París, y al llegar á la famosa escena en que Rojana declara su amor al sultan, ni la actriz ni sus compañeros quedaron contentos de su manera de decir aquella las palabras:

«Ecoutez, Bayazet: je sens que je vous aime!»

Varias veces se repitió el pasaje, y siempre con el mismo resultado poco satisfactorio.

—Como no he amado nunca á ningun hombre, esclamó Mlle. Rachel, no sé decir este verso.

Semejante anécdota, que no es apócrifa, prueba plenamente lo arriba dicho, y esplica por qué acusaban de monótona á la ilustre artista muchos críticos respetables.

Hé ahí en lo que consiste la gran superioridad de la Ristori, hé ahí el secreto de su poder y de su fuerza. Igualmente feliz en la espresion de todas las pasiones y de todos los sentimientos, espanta en *Medea*, conmueve en *María Stuarda*, horroriza en *Mirra*, arranca lágrimas abundantes en *Pia di Tolomei*. Así ella es la encarnacion de la musa trágica; mas aun: es la tragedia misma. Su figura plástica, su fisonomía griega, sus actitudes académicas, su gesto, su mirada, su ademan, y luego aquella voz flecsible, ora dulce, ora enérgica, ora terrible, ora insinuante, en fin, la mágia de sus acentos, todo, todo forma un conjunto verdaderamente estraordinario.»

Otro periódico dá tambien acerca de la novelesca historia de la insigne artista los siguientes no menos curiosos pormenores:

«Nació Adelaida en la pequeña ciudad de Civitale, cerca de Udina, siendo sus padres Antonio Ristori y Magdalena Pomatelli, dos pobres cómicos, quienes desde luego la destinaron á la escena, presentándola por primera vez en esta cuando apenas tenia dos meses: la tierna criatura figuró tendida en un canastillo en cierta pieza titulada *Los regalos de año nuevo*.—A los cuatro años comenzó á recitar los

papeles de niño, que desempeñó hasta los doce. Entonces fué ajustada por el famoso director y actor Moncalvo para los papeles de graciosa y dama jóven. No tardó mucho la Ristori en comprender cuan difícil era hacer algunos progresos en el arte dramático, llevando la vida errante é insegura de las compañías nómadas (llamadas entre nosotros de la legua); aprovechó, pues, gozosa la ocasion que se le presentó de entrar en la de artistas del rey de Cerdeña, y allí tuvo por maestra á la célebre artista Carlota Marchionni.

Al principio la bella Adelaida solo cultivó el género cómico, consiguiendo sus principales triunfos en las tres comedias de Goldoni: *La locandiera*, *Gli Innamorati y Zelinda é Lindoro*: despues en *La lasinghiera* y *La fiera*, de Nota; mas tarde probó sus fuerzas en el drama con no menor ésito.

Era el año de 1846, y la Ristori trabajaba en Roma en el humilde teatro de *Metastasio*, cuyas lunetas costaban 17 bayocos (unos 21 cuartos), cuando el heredero de una noble familia romana, el marqués Capránica del Grillo, se enamoró perdidamente de la hermosa artista. Los detalles de estos amores ofrecen un carácter tan estraño y tan teatral, que parecen invenciones si no me constase su completa autenticidad.

Julian del Grillo habló desde luego de matrimonio á su futura esposa; pero como que no habia que esperar el consentimiento de los Capránica, los dos amantes se decidieron á seguir sus relaciones con la mas profunda reserva. A pesar de todo, el padre de Julian las descubrió, é hizo *internar* á su hijo en los Estados romanos, mientras estaba detenida la actriz por su ajuste en Florencia. Terminado este, vuela Adelaida en busca del marques del Grillo, oponiendo siempre á sus instancias para verificar un enlace secreto, su repugnancia á entrar subrepticiamente en una familia que la aborrecia. Al cabo de mil dudas, indecisiones y protestas, Adelaida y Julian resolvieron separarse, el uno para ir á Cesena, á donde le llamaba la voluntad paternal; la otra para volver á Florencia; pero como hasta determinada distancia el camino debia ser el mismo, los dos jóvenes viajaban juntos en compañía del viejo Ristori.

Una mañana al atravesar cierto pueblo, oyeron la ronca campana de la parroquia que llamaba á los fieles á misa: apéanse los tres viajeros del carruaje, suben las gradas que conducen al templo, y llegan á él cuando el sacerdote estaba ya en el altar. Entonces, acercándose los dos amantes al ministro de Dios, le declaran, poniendo á los asistentes por testigos, que se toman por marido y muger.—Semejante especie de matrimonios, aunque válidos en la Italia meridional, tienen la desventaja de que, despues de su celebracion, los contrayentes suelen ser llevados á pasar la *luna de miel* en la cárcel.—Por fortuna en el caso presente no sucedió así, y como todas las historias parecidas acaban siempre con el perdon y la bendicion paternal, el marqués no tardó mucho en otorgar la suya. Gracias á los consejos del cardenal Pacca, la reconciliacion fué completa, ratificándose solemnemente el matrimonio en 1847.

Pero la nueva marquesa Capránica del Grillo se vió obligada á renunciar al teatro, y durante dos años vivió retirada de él. Una vez, sin embargo, sabe que un pobre director llamado Pisenti acaba de ser preso por deudas. La caridad no era un ejercicio que estuviese prohibido á la marquesa del Grillo; en un momento esta organiza tres funciones á beneficio del artista arruinado; llega el dia de la primera y el público arrebata en una hora todos los billetes, siendo tan prodigioso el ésito, que concluida la última representacion, el marqués Capránica corre á rogar á su nuera que vuelva á ser Adelaida Ristori, la cual desde entonces no tiene admirador mas ardiente y entusiasta que su suegro.

Desde el principio de su segunda época, Adelaida se dedicó á la tragedia, siendo sus triunfos todavia mayores en este género que en el cómico: de entonces data esa celebridad que llena con su rumor el viejo mundo, y que vá á resonar hasta el nuevo.—En 1849 volvió al teatro la Ristori; en 1855 fué á París; y ahora no es ya una actriz italiana, sino una artista europea.»

A la fecha en que escribimos, ha representado en nuestra córte las tragedias *Medea, Mirra, María Stuarda, Camma* y otras cuyos nombres no tenemos presente en éstos momentos. Cada representacion ha sido un nuevo triunfo obtenido por la eminente actriz, triunfos poco comunes y muy merecidos, pues sus cualidades artísticas son en estremo notables.

Por no hacer demasiado largo este artículo, nos abstenemos de transcribir el juicio formado por los mas distinguidos críticos de teatros, acerca de su indisputable y poco comun talento en el desempeño de los dificilísimos caracteres puestos á su cargo; sin embargo, no podemos resistir al deseo de insertar un trozo de una revista escrita sobre la representacion de *María Stuarda*, en la que su autor despues de apuntar su argumento, con un escelente buen criterio entra en los detalles en que mas demuestra Adelaida Ristori su gran talento, espresándose en estos términos:

«La naturaleza ha sido pródiga con la Ristori. Buena organizacion, formas bellas, fisonomía movible, mirada inteligente, voz con ese timbre claro oscuro tan necesario para espresar los afectos encontrados, y por último, todo aquello que es preciso para constituir una escelente figura en la escena, todo le fué concedido. Sus fuerzas intelectuales viven en dulcísima armonía con las materiales ó físicas, y de aquí la admiracion que imprime en los espectadores. No es una apreciacion nuestra el equilibrio que suponemos entre las fuerzas del cuerpo y de la inteligencia, porque si bien es cierto que los fisiólogos han asentado como principio inconcuso que la inteligencia se vigorisa á espensas de la materia, tambien lo es que la armonía de ambas constituye esa entidad superior que se llama génio. Así lo comprendemos nosotros.

En el primer acto de la tragedia á que nos referimos, hemos visto admirablemente interpretados el sentimiento inculto, la resignacion del infortunio, el orgullo y la esperanza; resortes que se mueven dentro del alma y que solo una inteligencia superior es capaz de transmitir. La descripcion que hace del cadalso y el aspecto de terror que le produce aquella idea, es preciso oirla para comprender su efecto. La sencillez de este acto, precisamente por serlo, sirve para comprender el indisputable mérito de la artista.

En el tercero, está verdaderamente sublime. En la dura y terrible precision de tener que arrodillarse á los pies de su hermana, es preciso ver como se acerca, de qué manera lucha para vencer su orgullo y su condicion, y de qué modo retrocede espantada para venir á caer en los brazos de su aya y compañera de infortunio. Despues que la razon vence las repugnancias del alma, se acerca de nuevo lentamente, de pronto se arrodilla, balbucea, tiembla, y por último espone sus quejas de una manera humilde, tierna y hasta cariñosa. Reconvenida duramente por su hermana, escucha, sufre y calla; ofendida, se alza del suelo; insultada, se precipita sobre Isabel, y con el ademan terrible de la fiera y con el acento de la desesperacion, devuelve las ofensas hasta anonadar á la altiva soberana. Necesario es ver y oir de qué manera dice: *¡Hija de Ana Bolena; hija bastarda!* para admirar toda la sublimidad de ambas frases y la manera con que aquella organizacion privilegiada vuelve rápidamente á los brazos de su aya esplicándole con fruicion todo el placer que ha sentido en una hora de venganza.

El quinto y último acto, tierno y melancólico, transicion entre la vida y la muerte, hora suprema en que los recuerdos se agrupan en derredor de una esperanza desconocida, sin grandes efectos, porque la situacion no los permite, fué interpretado con toda la sencillez, toda la dulzura y toda la resignacion cristiana que requiere. Se despide de sus servidores y amigos tiernamente. No puede decirse mejor aquel *tengo enemigos que me aborrecen, pero tambien tengo amigos que me aman.* Al saber que se le niega el consuelo de que su aya la acompañe al cadalso, ruega, suplica, y al rodar una lágrima por su mejilla, vuélvese á acallar el llanto de su amiga, que tambien llora, ocultando de esta manera su propia debilidad. Su marcha al patíbulo y la

uncion religiosa con que camina, no puede ser mas completa. Los que hemos tenido la desgracia de presenciar este último trance de las organizaciones nacidas para el crímen, comprendimos perfectamente la verdad que encerraba.

Un detalle último notamos en la ejecucion de esta tragedia, que prueba el gran talento de la Ristori, y que, por ser insignificante, habrá pasado desapercibido para muchos. Antes de subir las escaleras, en cuyo término se supone el cadalso, encuentra á uno de sus amigos, despues traidor á su causa. Desde el momento en que lo vé, vacila, por último le hecha en cara su traicion y lo maldice. Una actriz vulgar seguiria su camino, pero la Ristori, comprendiendo perfectamente que aquel acto la separaba del cielo, rápidamente retrocede, el eclesiástico la presenta el crucifijo, fija sus ojos en el símbolo del cristiano y llega al término fatal sin apartar de él la mirada.

Todos estos accidentes dramáticos, que con intencion hemos apuntado, necesitan una condicion artística de primer órden para que tomen forma y colorido. La Ristori, que es una verdadera eminencia, que posee cualidades intelectuales y físicas que raras veces se hermanan, que pasan sin dejar huella de lo sencillo á lo terrible, y que supera admirablemente las dificultades, ha sabido por esto cautivar el ánimo de los mas descontentadizos en *María Stuarda.* Nosotros confesamos con toda la sinceridad de que somos capaces, que teniamos en mucho la buena opinion que de su génio dramático se habia formado en Europa, pero es preciso decir, que cuanto se ha dicho no ha sido otra cosa que pagar un tributo á la justicia. Ni la pluma ni la palabra son bastantes para describir su mérito; *es preciso verla.*»

Vamos á concluir trasladando á nuestras columnas la traduccion de las siguientes bellísimas estrofas que, al salir de una representacion de la Ristori, escribió el célebre Lamartine, y las cuales tomamos de otro periódico de la corte. —Hélas aquí:

«De Alfieri en nuestro espíritu derramas
la amarga hiel, las iras y el dolor,
y á las páginas mudas de sus dramas
das entusiasmo y luz, vida y color.
Das tu sangre á sus sombras altaneras,
tú logras ser su intérprete, su igual;
y al vivir con tu vida sus quimeras,
el génio os liga en vínculo inmortal.
El drama agitador encierra en vano
cuantos ecos dá el alma á la pasion;
de él no brota el dolor sin que tu mano
las cuerdas venga á herir del corazon.
A Francia el Arno trágico te envía
de Alfieri el triunfo á competir con él:
á él le hizo Dios *poeta,* á tí *poesía:*
la gloria os debe idéntico laurel.
Tus acertos de dicha ó de quebranto
sin júbilo ó dolor nadie escuchó:
lloramos sí, pero antes ese llanto
de tu abrasado corazon salió.»

Como se habrá podido ver, por lo que hemos insertado, el brillante écsito obtenido en Madrid por esta notabilidad, génio sublime nacido para el arte, no puede haber sido mas lisongero. Nosotros nos complacemos en ello tanto mas, cuanto que es una muger el objeto de tan entusiastas ovaciones, ovaciones cuyo principal mérito consiste así en lo unánimes y espontáneas, como en la justicia con que se prodigan en esta ocasion.

José R. PRANZ.

VARIEDADES.

CUENTOS.—Iba muy solícito en busca de un traje de camino cierto jóven muy necio, cuyas importunidades arrancaron á un amigo suyo la siguiente contestacion:—No te canses: antes que mi traje de camino, te prestaria una albarda con todos sus aparejos...—Ese traje no lo quiere ahora el señorito, interrumpió un chalan andaluz que se hallaba presente, porque esta jornada le conviene ir de incógnito.

—Hallándose uno á la muerte, mandó á su hijo que vendiese tres halcones de gran precio que dejaba, encargándole que con lo que le produjese el uno pagase sus deudas; que con el importe del otro hiciese bien por su alma, y que guardase para él el tercero. Muerto el padre, se escapó uno de los halcones, y el atribulado hijo del difunto, como no lo pudiese encontrar, esclamó:—¡Vaya ese por el alma de mi padre!

PARTE MATERIAL.

Este periódico se publica los dias 10, 20 y 30 de cada mes.

Precios de suscricion: en Cádiz 3 reales mensuales llevado á domicilio: fuera, 10 rs. trimestre, 19 el semestre, y 35 un año; advirtiendo que no se servirá suscricion que no se pague adelantada.

Puntos de suscricion: en *Cádiz* en la imprenta de D. Filomeno F. de Arjona, calle de la Torre, n.° 27, y en su despacho calle de la Novena, frente á S. Pablo: en la encuadernacion de D. Bernardo Nuñez, calle de S. José: en la de Aimé Bergerie, calle de S. Pedro, esquina á la de la Amargura; y en su redaccion calle de S. Rafael, n.° 13 moderno; donde se dirigirán toda clase de reclamaciones.

Fuera, en las principales librerías.

Por los párrafos no firmados,

JUAN MOLINA.

CADIZ: 1857.

Editor responsable: D. Pedro Carniago.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE DON FILOMENO F. DE ARJONA, calle de la Torre, núm. 27.